

Abuelo emigrante. Entre sus brazos

María del Carmen García González

Es una historia contada por mi abuelo y mi madre con una comadreja [sic] entre sus brazos. Según ellos hubo muchos españoles que emigraron en el siglo XIX y principios del siglo XX a la isla de Cuba, a otras parte de América y otros países del mundo buscando una mejor vida y poder ayudar a sus familia que dejaban atrás, venían como polizón en los barcos, porque en aquellos momentos no podían pagar el pasaje, toda esa trayectoria fue hecha con su hermano menor y mi abuelo era el responsable del mismo. Se evadían de su tierra natal, para no verse obligados a participar en la guerra que se producía en ese momento de la historia, que se encontraban viviendo y que para nosotros hoy representa la historia de nuestros orígenes como sus descendientes directos.

Dedico esta historia al ejemplo del sobrino de mi abuelo José Luís Álvarez González y su esposa Delfina Morgia, que no nos permitieron olvidar de dónde somos y de dónde vinimos, después de los años y oír a mi mamá, Olga González Morales, hablar de su padre como lo hacía me veo obligada, entusiasmada e inspirada en el nombre de mi abuelo, puro zamorano: Aurelio Ignacio González Broco. Mi abuelo Aurelio nació en la villa de Benavente a las 10:00 am, del 2 de febrero del año 1885. Aurelio Ignacio no fue diferente a los demás; nació y creció en un seno familiar con mucho amor y cariño de sus padres. Su madre, mi bisabuela, era una mujer que se dedicaba a las labores de la casa, y su padre era comerciante quien trabajaba duro para poder criar a sus hijos. De niño se interesó mucho por la religión y fue creciendo en esa fe religiosa y transparente que lo hizo avanzar en ese campo; se hizo monaguillo, posteriormente estudió durante 10 años la carrera de cura en la provincia de Valladolid, se hizo cura, y fue expandiendo su fe a los necesitados. Era un hombre muy inteligente y con un conocimiento vasto de su profesión; conocía y hablaba varias lenguas extranjera, producto de su mismo estudio como cura. Cuando la situación en España fue insostenible, es cuando emigra primeramente hacia México. Allí trabajo como maestro en una iglesia, dando clases a los niños de su fe católica, apostólica, romana, y de otras materias, niños a los cuales nos decía, que ellos lo llamaban el maestro cura, que cuando no podía dar alguna clase porque estaba enfermo,

se le aparecía en la pensión que se encontraba viviendo, y les decía que les hiciera los cuentos del niño Jesús, mi abuelo nos refería que para que los niños tomaran interés en la escuela se ponía primero hacer historias y pasajes de la Biblia, para después continuar con las demás materias y así fueron pasando el tiempo, hasta que un día tuvo que abandonar México, porque la situación se puso muy pésima y fue cuando emigro por segunda vez hacia Cuba, cuenta que en la cara de esos niños había tristeza y dolor, porque se quedaban sin sus historias y sin su maestro cura.

Viajó en un vapor inglés que venía de España y que llegaba a Cuba, pero en tercera clase como muchos más, para ahorrar el poco dinero que había ganado en México y que traía consigo. La travesía fue larga; recuerda mi madre cuando él se lo decía y el trabajo que pasaron en esa travesía para llegar a Cuba. Al entrar en la Isla por el municipio de Taco-Taco, provincia de Pinar del Río, se enfrenta al sol agobiante que nos ha caracterizado por siempre, recordando entonces la diferencia de climas de su país natal y el nuestro. Al llegar a Cuba los emigrantes eran revisados por médicos para saber que no venían enfermos o con alguna enfermedad que pudiera ser contagiosa. Se estableció en la iglesia del pueblo para trabajar de maestro, enseñando a un grupo de niños, inculcando igual su fe religiosa, para ellos y sus familias. Creó un local y lo hizo tipo cine para exhibir películas e historias a esos niños.

Entonces es cuando conoció a mi abuela, una linda pinareña que era respetada por todos, pues la educación que le habían dado sus padres lo decía todo. Era tan linda que tenía muchos enamorados, pero a ella no le gustaba ninguno hasta que un día vio a mi abuelo pasar con su hábito y la flechó [sic] para toda la vida. Eso fue mutuo, pues él se deslumbró, y tomo una decisión en su vida y fue pasar el resto de su vida con esa pinareña tan linda. Fue entonces cuando mi abuelo cuelga los habito y se casa con mi abuela. Comienza entonces otra historia más donde una hermana de mi abuela se casa también con el hermano de mi abuelo, y fue una gran familia trabajando unida para poder mantener a sus hijos. Nos contaba mi abuelo cómo era su infancia y su adolescencia en España pues vino joven para Cuba, y aquí se pasó toda su vida siempre extrañado su lugar de origen, con mucha añoranza. Siempre le decía a mi madre que para tener había que trabajar muy duro y que nunca podía ella olvidar a su otra familia, la que vivía en España, que era la de él también.

Cuando se fueron de Pinar del Río se trasladaron para La Habana a residir en la calle Monte, municipio de Habana Vieja, en un solar en muy mal estado, pues el dinero con que venían no les alcanzaba para mucho. En ese cuarto se



Aurelio Ignacio
González Broco,
mi abuelo materno.
Fotografía tomada en
estudio en 1933.



En la casa familiar de Centro Habana. 14º cumpleaños de mi prima Nancy Moreno González. A la derecha la abuela María Morales López y a la izquierda el abuelo Aurelio Ignacio González Broco.

enfermo mi mamá de difteria, y tal enfermedad le pudo costar la muerte. Mi abuelo pensó que había sido un castigo y sufrió muchísimo; según mi mamá lloraba como un niño cuando la veía salir de la casa. Todo ese tiempo trabajó rigurosamente de día, de noche y madrugadas para poder cambiar de casa, logrando su objetivo más adelante y mi mamá mejorando de salud. Fueron a vivir a otro solar de mejores condiciones en el municipio Centro Habana, con un cuarto más amplio y con el baño dentro. Así pasaron los días, el salario subía

al 50% en los muelles, pero sólo para cubanos. Entonces decidió acogerse a la ciudadanía cubana para que mi mamá tuviera mejores condiciones y poder irse a vivir a una casa independiente que él pudiera pagar. Se sentía culpable de lo que a ella le pasaba y le pedía a Dios todos los días de su vida que mi mamá siguiera mejorando. La afinidad de ellos dos era indescriptible: era un afecto, un amor, una ternura, un cariño tan grande, que pensaba que por haber colgado los hábitos en su juventud lo estaba pagando ahora con ella. En aquel entonces Olga González contaba con solo 5 años de edad.

Después de los años 60, continuó trabajando en los muelles. Por su integridad y su inteligencia lo buscaban para todo, pues sus conocimientos le permitían desarrollarse en lo que se lo propusiera, al igual que una personalidad adecuada por ser un hombre callado, introvertido, laborioso, amable y cariñoso. Así continuó su vida e historia en los muelles de La Habana, aún ya estando enfermo, enfermedad que fue irreparable; él sabía que lo que tenía era cáncer, pero decía que hasta el último aliento había que trabajar para poder conseguir lo que uno quiere. Con la ayuda de Dios él confió y siguió adelante y como mi mamá era la más chiquita, le decía que era a ella a la que tocaba continuar con la familia: tenía que seguir estudiando y superándose ya que le avían dado esa oportunidad y aun lo tenía que hacer más por el día de mañana cuando ya su hija fuera grande, y continuar inculcando los valores la familia que había en Cuba y la de España. Influyó mucho en mi mamá para que ella continuara lo que él no pudo seguir y fue su fe religiosa. El abuelo tenía una influencia en mi mamá muy poderosa, pues por ser la más chiquita, fue la que recibió los conocimientos y sus sabidurías, y poco a poco la fue enseñando todo lo que sabía de la religión.

Siempre deseó regresar para poder volver a los suyos, algo que no pudo lograr, pues el dinero que ganaba trabajando malamente era para la comida y para mantener a sus hijos. Desde que llegó a Cuba tuvo que trabajar muy duro, y los trabajos eran escasos porque siempre le sacaban su origen español, pues la situación que comenzó a vivir aquí en la Isla, como le decían ellos, no fue fácil para él. No le salieron las cosas como él esperaba, las dificultades fueron enormes y para obtener un tique para trabajar fijo y tener un salario adecuado con la época, le exigían que tenía que ser cubano, pero tampoco lo podían perder por razones muy poderosas: por humano, por muy inteligente y, lo fundamental, por ser honrado. A pesar de que en los muelles él llegó a ser el capataz por su inteligencia, y trabajaba muy duro para ganarse la vida, no era para ese tipo de trabajo; él era de mucho estudio, siempre estaba leyendo periódicos, bohemias y sus libros religiosos, teniendo en cuenta que ya había colgado los hábitos, decía que para aprender solo había que querer, que era lo único que desarrollaba las culturas de las personas. Su último trabajo fue en los muelles; ahí estuvo varios años hasta su jubilación, pues ya tenía 4 hijas, con 5 bocas para alimentar, vestir y educar. Después de su jubilación se dedicó a cuidar a sus hijas, aún adultas, y cómo pasa tiempo, acompañaba a mi mamá todos los días a su trabajo y realizaba los recorridos por todas las tiendas de comercio, hasta que se enfermó y no pudo hacerlo más, ya que la enfermedad (cáncer de próstata), lo dejó sin movilidad. No obstante orientaba a su hija como realizar el trabajo sin él.

Al morir mi abuelo yo tenía 6 años de edad; sufrí mucho, pues todas esas historias no las contaba juntas a las dos, yo niña al fin las veía como cuentos, pero mi mamá sabían que eran reales y sabía todo lo que él pasó en la vida para lograr tener su familia unida y velar por ellas. Su muerte hizo que las relaciones se perdieran por un largo tiempo sin saber de ellos, lo cual a mi mamá le afectó mucho. Después ellos la buscaron y se comunicaban muy seguido con un sobrino de mi abuelo que se llamaba igual a él. Pasó lo mismo hasta que otro sobrino de mi abuelo y su esposa la buscaron también, que son los que mencioné al principio de mi historia. Gracias a ellos y a mi mamá pude recolectar esta corta y válida información de lo que fue la vida de mi abuelo en España, México y Cuba, la cual queda fundida en mí para siempre y en mis hijos y los hijos de mis hijos, ya que mis raíces siempre van a estar en esa Madre Patria que vio a mi abuelo nacer, crecer, desarrollarse y que no lo vio morir.

Termino esta historia sobre mi abuelo que para nosotras fue, es y será un hombre leal a sus principios y con muchos valores como hijo, padre, esposo, tío, hermano y abuelo. Mi mamá no pudo viajar al país natal de su papá, pero yo le prometo a él que esté donde esté yo iré a España a conocer mis raíces, y al lugar donde se formó como cura, lo cual dio tranquilidad espiritual a las personas que más lo necesitaban.